

LA LERINGA



Limpia, arregla y dá vigor.

PERIÓDICO POLÍTICO,
SATÍRICO, DE COSTUMBRES,
A VECES SERIO,
LITERARIO, ALEGRE COMO UNAS
CASTAÑUELAS
Y ENEMIGO DEL BOMBO
Y EL INCENSARIO.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
CONTIENE VIÑETAS,
CARICATURAS Y COMPOSICIONES
EN PROSA Y VERSO,
POR AUTORES MUY CONOCIDOS
— EN SUS CASAS,
CUYO CONOCIMIENTO NO IMPIDE
QUE ALGUNOS SEAN
O PUEDAN SER
PRINCIPALES LITERARIOS.



— ¡Baños de mar! ¡qué locura!
No hay ninguno mejor que éste:
Además de ser muy tónico...
— Lava y refresca los muebles.

SUMARIO

TEXTO: Pocas palabras, por la Redacción.—Casi crónica.—A Maricuela.—El hombre de los botones.—Café con media tostada.—En paseo y... otras cosas.—Jeringazos.—Discursos y escritos célebres.—Reseña de una navaja, por un escribano.—Anuncios.

GRABADOS: Por Jaleo.

POCAS PALABRAS

Es antigua costumbre, al comenzar toda publicación periodística, poner consideraciones relativas á su índole y objeto en el primer número.

Nos parece razonable; mas no creemos lo sea tanto el que acompañe á ellas multitud de promesas, porque aunque hechas de buena fe, suelen impedir su cumplimiento la escasez de originales, las rencillas entre las redacciones, el gusto del público, la falta de tiempo, el rigor de la ley, la dificultad de cobrar suscripciones, y otras causas que muchísimos conocemos.

El objeto de nuestro humilde periódico será distraer al público. No procuráramos ilustrarle, puesto que fuéramos sabios; pero procuraremos divertir su atención á cuanto nos parezca digno de encomio ó censurable. Y ni será nuestro ánimo ofender á persona alguna ni burlarnos de lo que debemos respetar.

Usaremos principalmente de la sátira; diremos cuanto queramos, podamos ó nos esté permitido; y publicaremos cada semana un número del tamaño de éste, ó mayor, con dibujos ó cromos, según las circunstancias.

Si nos favorece el público; si nuestros compañeros, á quienes saludamos afectuosamente, nos animan en nuestra empresa, si, en resolución, nuestros escritos producen, siquiera algunas veces, el resultado apetecido, quedaremos completamente satisfechos y mejoraremos cuanto es relativo á este modesto semanario.

LA REDACCIÓN.

CRONIQUELLA

Si fuera posible que quitásemos para siempre de en medio ciertas antiguallas, introduciríamos novedades singularísimas, y acaso seríamos ménos infelices.

Mala antigualla y de primer orden es, sin duda, el comer; y aunque los gobiernos han procurado moderar la afición á ella, creemos que no terminará nunca.

Otra antigualla es el enamorarse. Empezaron nuestros primeros padres, hicieron lo mismo sus hijos... Y por los cuernos de Lucifer, que si no acaba el mismo día que el mundo, muchísimos quedarán con un palmo de narices.

Antigualla, y también de barba de pavo, es el murmurar. Su origen *se pierde en la noche de los tiempos*, y ha sido y es para muchas personas, especialmente para las mujeres, de tales atractivos, y tan consoladora y necesaria, que vivirá quizás tanto como Elías.

¿Y la curiosidad?... ¡Cuánto podríamos hablar de ella, empezando por la de Adán y Eva, y concluyendo por la de nuestras lindísimas amigas!

Antigualla, que ahora mismo suprimiríamos, si pudiéramos, es el hacer calor en Julio y Agosto ¡qué calorcito! ¡qué sol! ¡qué bueno es para derretirlo todo, ménos los sesos de ciertos hombres!

Conocemos á una señora de obesidad extrema, alta de cuerpo, graciosa cuanto expresiva y bella, y que, según dice su lavandera, se muda cada día y en este tiempo dos veces de camisa. Y ¿creerán Vdes. que su marido no la quiere en verano? Siempre está diciéndolo:

«¡Déjame! ¡Cuándo llegará Enero!...»

Mas no es de los que dicen en Enero:

«¡Cuándo llegará Julio!...»

Unámonos todos para suprimir esas y otras antiguallas; y si lo conseguimos, abundará la calma sobre la haz de la tierra.

..

Si pudiéramos el tramvía del Retiro junto á uno de los mayores y elegantes coches del ferro-carril, nos reiríamos mucho.

Aquél, tan chiquitín, capaz de contener á uno hecho un ovillo... El otro á propósito hasta para brincar, pasearse y...

Mas como no hay cosa alguna absolutamente mala, cuando entra uno en aquel cochecito, y se sienta al lado de linda muchacha...

Y á propósito de tramvías, la gran compañía de los de Sevilla, de mucho dinero y crédito, ha puesto de malísimo humor á los cocheros y carreros.

Un compañero nuestro, de dicha ciudad, nos enviará pronto dibujos y noticias detalladas que con mucho gusto ofreceremos al público.

..

Poca gente va por la noche á Recoletos.

Un amigo nuestro, doctor en Medicina, colaborador de este periódico, serio y de muy buena gracia, há pocas noches se sentó cerca de mujer hermosa en aquel paseo. Una silla entre ambos... Era lo natural, mejor dicho, lo conveniente.

Pues señor, es decir, pues señores, ella le dijo, entre otras cosas, que había nacido en el Pacífico. Resultó después que el haber nacido en el Pacífico no le impedía tomar chocolate con nuestro amigo; y hablaron, sobre poco más ó ménos, lo siguiente:

—¿Las once?

—Sí, señora.

—Es tarde.

—¿Tarde?... Si todavía no ha amanecido.

—¿Qué cosas tiene V.!

—Efectivamente, y...

—Ahora estarán esperándome en casa...

—Calle de...

—No, no, señor; es plaza.

—¿Plaza fuerte?...

—¡Por Dios!...

—¿Y para qué la están esperando?...

—Para... pues para tomar chocolate. Es costumbre antigua, muy antigua, porque yo soy...

—Una chiquilla. ¿Ha cumplido V. los veinte?

—¿Se burla V.?

—No por cierto.

—Tengo veintitrés y pico.

—¿De loro?

—Pero, hombre, ¿y la formalidad?...

—¿Sé yo acaso lo que digo?... Si me ha vuelto usted loco... si se me está cayendo la baba, al ver esa boquita, y esos ojos, y ese talle, y ese... Bendita sea la madre...

—¿Es V. andaluz?

—Soy del Sudán; por eso estoy sudando el quilo.

—¡Del Sudán!... Cuando una oye ciertas cosas...

—He dicho verdad, señora.

—Y ¿en qué se ocupa V.?

—En mirarla, en... ¡Ay! Consuelo, Consuelito...

—No, señor; Ur...
 —¿Urraca?
 —Ursula de...
 —De mi alma. Deje V. el chocolate; y, si quiere favorecerme cenando conmigo...
 —Es V. muy amable.
 —Iremos al hotel Guaguapifoff.
 —Sí, ¿eh?... Cuando exista.
 —Me ofende V., señora. Así como en casi todas las grandes ciudades hay hotel Suizo...
 —Es verdad.
 —Pues tan cierto es que en muchas capitales, como Londres, Bruselas, París, Madrid y otras, hay hotel de la compañía Guaguapifoff. Plinio, Dantón y Alifanfarón, hijos del riquísimo y gran alcalde de Terranova, ciudad, como V. sabe, de la Rusia africano-helénica, enviaron en 1885 á Madrid á un representante para construir tan incomparable fonda. Si se sirve V. acompañarme...
 —Gracias... no creo... Si fuera más modesta... Guada...
 —Guaguapifoff.
 —Otro día... mañana...
 —Ayunará Gálvez.
 Y nuestro amigo se despidió de la buscona, sonriéndose por primera vez desde que se sentó á su lado.
 ¡Ah! Recoletos, Recoletos...

Á MARICUELA

Maricuela	De tus ansias,
De mi alma:	De tus goces,
Me dijiste,	De tus lágrimas,
Que me amabas,	Cuanto miren
Y un vecino,	A ese mándria.
De mi casa	
Há dos noches	¿Bien le has visto
Vió que hablabas	Niña amada?
Con Don Júdas	Los cabellos
De Sanabria,	Como lane;
Mediquillo	Las mejillas,
Que mandaba	Remolachas;
A un sarnoso	Cuatro dientes,
Cataplasmas	Rojas barbas
Bien espesas	Como alambres;
De linaza,	De cigarra
Y á una coja,	Los ojuelos;
Muy aciana,	Nariz ancha,
Que rompía	Con pelotes
Las enaguas	Adornada;
Con los huesos	Las orejas
De las nalgas,	De una cuarta;
Que en seguida	Largo cuello,
Se casara.	Suciacara
	De garbanzo,
Si le quieres,	Con más rayas
Si le amas,	Que de Cádiz
Si le adoras,	Cuatro mapas;
Si te casas	De estatura
Con tan grande...	Cien pulgadas.
Papanatas...	Y si aciertan
No, no pienses,	Los que hablan
Niña incauta,	De cosillas
Que preparo	Reservadas
Buena sarta	De ese antiguo
De improperios	Rapabarbas,
Y amenazas;	Es tan corta
Mas te juro	Su... prosapia,
Por Santa Ana,	Que si al cabo
Por tu vida,	Te casaras,
Por tu alma,	No querria
Que si vistes	Tu ganancia
La casaca,	La más vieja
Burlarase	Y olvidada.
De tu casta,	
De tu afecto,	No más miras

Niña amada,	Y, volando,
A ese mústio	La casaca;
Panza vana;	Y á su tiempo...
Y esos ojos	¡Mamá!... Vaya,
Que me abrasan,	Maricuela,
Espejitos	Que si guarda
De tu alma,	Tu memoria
Como sabes	Mis palabras,
En mi clava	Y me quieres,
	Y te casas...
Y en seguida	Verás, niña
Tu palabra;	De mi alma.

EL HOMBRE DE LOS BOTONES

España es de las naciones abundantes en buenas personas y cosas, buenas mujeres (¡ay!...), buenos artistas, buenos médicos, buenos generales, aunque, por lo común, de más valor que disposición para mandar grandes ejércitos... Y si bien no es madre de muchos buenos políticos, lo es, en cambio, de buenos melones y calabazas.

Entre los hombres de excelente fama, adquirida tan justamente como la del D. Timoteo de Figaró, hay un sobrino mio, apellidado como el padrecito de su alma, de cuyo bien muchísimos carecen.

El tal sobrino estudió lo necesario y suficiente para no saber nada; y es amigo de hablar de todo, es decir, de lo que no entiende; de prometer cuanto no puede cumplir; de presentarse, particularmente si no le llaman, donde cree ha de lucirse; de bachillerear como una corralera; y á pesar de ser rico, de vivir casi á expensas de los que son por él favorecidos.

Bien quisiera él haber podido colgar en sitio preferente de su casa elegante marco de dorados relieves, bajo cuyo cristal siempre estuviera título académico de bido á su influencia ó sus estudios; mas ya por haber carecido de aquella cuando era llamado estudiante, ya porque sus catedráticos no quisieron aumentar el número de sus pecados, es el caso que ni siquiera logró ser bachiller en artes.

Pasaron años, y mi sobrino ¡quien lo creyera! comenzó á escribir en un periódico.

«¡Ave María Purísima!» exclamé al saberlo; pero mi admiración terminó pronto. Mi sobrino, instigado por la vanidad, ó quizás deseoso de abrazarme, fué á mi casa apenas vió su nombre en letras de molde.

Después de los acostumbrados saludos, metió las manos en los bolsillos de sus calzones, tosió, levantó los hombros, y doblando el cuerpo hasta el punto de tocarme en el mio con su vientre, dijo:

—Conque ya sabrá usted...

—Sí, y me alegro mucho; pero ¿qué escribes en el periódico?

—Escribo de todo: de política, bellas artes, toros...

—¡Bien!—exclamé sorprendido.—¡Lástima que no seas fundador y director de algún diario!

—Lo seré, querido tío, y no me contentaré con eso. Mis aspiraciones...

—¿Acaso quieres ser diputado á Cortes?

—Justamente; mas dejemos esto, y lea V. esta composicioncita que acabo de escribir.—dijo dándome un papel.

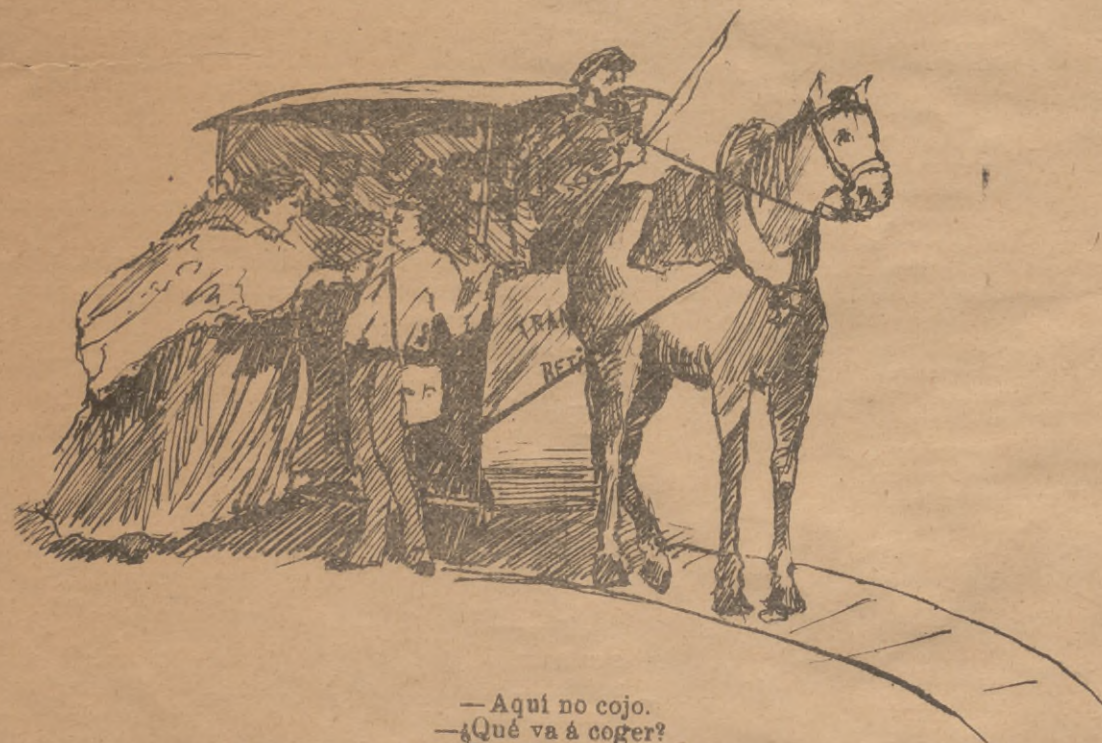
—Vamos á ver,—contesté desdoblándole,—mientras mi sobrino cogió un botón de mi chaleco.

«LOS BAÑOS»

«El verano, tiempo del calor, es la época en que la gente *com ill faut* toma su equipaje para ir á veranear á Lugares donde los hallos, espesos, copudos, perfumados, berdes, añosos, robustos y floridos árboles dan sombra refrigerante que la aligera y alibia de



—Papá, no alcanzaremos el *expres*. ¿Cuesta mucho un tren especial?
—Hija, la cesantía me ha quitado hasta la memoria.



—Aquí no cojo.
—¿Qué va á coger?
—Sitio, boceras.
—¡Pulgas tal vez
Que pican mucho
Donde yo sé.



—¿A Recoleta?...—Sí.—Habrá peces.—
No faltan.—Dícosa tú.—¿Por qué?—Por
que pescas, y y... A mí me pescaron los
cuartos, y dejari corregida y aumentada...
—Buen anzuelo.—¡A y! No siempre.



—Mi polissón... ¡qué vergüenza!...
—¡Madrid Cómico! ¡La Broma!
¡La Avispa!... ¡Vaya un cacharro!
Le falta el asa, señora.



—¡Eh! ¡que va el agua!...
—¡Qué atrocidad!...
¡Bruto!...—Non fale;
¡Dije, agua vá!
Quite ó lo mollo
Ben por detrás.

las pesadumbres producidas particular, propia, precisa y prontamente por la influencia caliginosa de los rayos versátiles y etéreos del rubicundo Apolo.

»Dada esta idea general del verano y de los viajes de la gente elegante y *d'argent* cuando la laxitud de sus largos tejidos multiformes y filamentosos les obliga á dejar por una temporada este Madrid, en que el alma menos insensible recibe cotidianamente placeres que la secuestran de las miserables miserias de los pueblachos donde todo es aburrimiento enervador de las potenciales y espirituosas alas de la enhiesta fantasía y del pensamiento, ligero como una liebre, es ¡oh! preciso describir los baños del norte, asunto de nuestro modesto artículo, en que los cuerpos refrescarse, limpiarse y hasta adormécense en sueño de oriental pereza, como los tiernos cachorrillos, libres de las humanidades cosas, duermen recostados en el tegumentoso, tembloroso y caluroso vientre de su madre.»

Al llegar aquí abracé á mi sobrino y le dije:

—Nunca he leído más famoso escrito; y si no sigues cultivando la literatura, para mis barbas que no tendrás perdón de Dios.

—¿Tan bueno es, querido tío?

—Bonísimo; otro día acabaré de leerle.

—Pero...

—Mejor no puede ser...

—Es V. de mucho talento, —dijo arrancando el botón.

—Y ¿nadie corrige tus composiciones? Como hay faltillas de ortografía...

—Esto es lo de ménos. Muchos escriben la palabra hombre con hache, y he visto en libros antiguos *ome* en vez de... En cuanto á lo de las correcciones... es claro... el Director quita y añade... ¡Pero poco... ya lo creo!... porque como no soy ningún...

—Borró no eres ni ignorante.

—Gracias, tío—contestó cogiendo el segundo botón;—y si supiera V. las suscripciones que por mi causa... Si me retirase del periódico, se borrarían más de doscientos amigos míos.

—Siempre has sido conocidísimo.

—Y en cuanto me suelte un poco...

—¿No estás suelto, sobrino?

—Quiero decir que cuando me acostumbre á escribir para el público, me dedicaré á componer obras dramáticas.

—Bien pensado, pero no comiences por piecitas, sino por un drama trágico, y si es histórico, mejor, porque te lucirás más y mostrarás tus grandes conocimientos.

Mi sobrino dió la última vuelta al botón, y salió triunfante como la vez primera.

Veo, querido tío, que es V. en todo de mi opinión.

—Sí; pero te daré un consejo.

—Indudablemente será muy bueno.

Al decir esto, fué acometido de otro acceso. Puso una mano en mi espalda, se sonrió, acercó su rostro al mío y cogió el tercer botón, condenado, sin duda, á la pena de los anteriores.

—Cuando tengas necesidad de escribir, no te des á averiguar si conoces el asunto. ¿Se trata de un edificio? Pues hablas de arquitectura. ¿Se trata de una obra poética? Pues hablas de Calderón, Lope, los Argensolas, Cetina y otros. ¿Se trata de una riña de verduleras? Pues hablas de sus costumbres y gustos, puesto que no hayas visto mujer alguna de esa clase. Y para mi santiguada que si así obras, será imperecedero tu renombre.

—No aspiro á tanto, querido tío; solo con una gran cruz...

Me puse bruscamente en pie al oír esto; y como él,

tratándose de botones, nunca soltaba su presa, quedaron entre sus uñas el tercero y un pedazo de chaleco.

Al fin se despidió de mí, y al quedarme solo, en alta voz dije:

Cuatro mil duros de renta... redactor de un periódico, aspirante á director de un diario y á diputado á Cortes... ¡Cuántos pobres desempeñarían mejor estos delicados cargos! Bien es verdad que no serían tan hábiles para hablar de los baños y arrancar botones de los chalecos.

CAFÉ CON MEDIA TOSTADA

I

Bella como la alborada,
De su amante enamorada,
Según dice suspirando,
Con él estaba tomando
Café con media tostada.

—¿Si no me quieres!...—¡Ay! Rita,
Pon aquí... —¿Cómo palpita!
—¿A ver el tuyo? —¡Detente!...
—¡Por Dios!...—¿Esciega esa gente?
Toma, Luis, esta sopita. —

Y haciendo graciosa mueca
(Aquí octosílabo en *eca*),
Del tostado pan le dió;
Y á él le supo... Mas sé yo
Que era rancia la manteca.

Y se cogen de la mano,
Lo cual tolera en verano
Virtud no muy exigente;
Y, al levantarse, ella siente
Un pisotón soberano.

No se desmayó la hermosa;
Pero sus labios de rosa
Contrajo el vivo dolor;
Y raro fué que el amor
No produjera otra cosa.

Porque cuando el alma llenan
Ansiedades que envenenan
O acaloran con esceso...
Fácil es que suene un beso.
Si muchos besos no suenan.

El brazo dió Luis á Rita,
Cuyo corazón agita
Ver temblar al susodicho;
Y fueron... Más no me han dicho
Dónde fué la parejita.

II

La luna su luz derrama,
Y el viento del Guadarrama,
Del médico protector,
Besa lo mismo la flor,
Que las pulmonías llama.

Luis, el cuello levantado
Del gabán, que ni ha pagado
Ni pagará, por supuesto,
En Fornos entra, dispuesto
A que aumente lo adeudado.

Y ve Luis (¡quién lo creyera!)
Una mujer hechicera,
Dos cafés, media tostada,
Y un cabo, cuya mirada
Parecía de una fiera.

—¡Infames! ¡Voto á los cielos!...
—Arrebatado de celos,
Exclama, pálido, Luis:—
Y á fe que estuvo en un tris
No rodara por los suelos.

—Rita, es claro, desmayada,
En la mano la tostada;
Luis y el militar jurando,
El camarero gritando,
La gente en pie y asustada:...

En la calle y frente á frente
Los dos guapos, Luis consiente
En dar y escuchar razones,
Y á pocas explicaciones
Se entendieron fácilmente.

Llega Rita ya aliviada,
Mostrando pena imitada,
Y dice:—¿Amigos los dos?...
Otro me dará, rediós,
Café con media tostada.

EN EL PASEO Y... OTRAS COSAS

Llegaron al Retiro el matrimonio, el niño y el mejor amigo del esposo.

El niño, antojadizo como mujer mimada, iba delante jugando con un aro, y á pocos pasos siguiánle la mamá, cotorroncilla en quien se reunían amigablemente las gracias naturales y las adquiridas; el marido, hombre de gran paciencia, y su amigo, cuyos ojos parecían sujetos á un hilo, cuyo extremo opuesto estaba en manos de la dama.

—¡Que cansada estoy!—dijo ésta acercándose á un banco de piedra.

Todos, menos el niño, se sentaron, y el marido dijo:

—Si no hemos andado nada, Emilia.

—¿Nada?—repuso ella.—Para ti no será nada, Simplicio... ¡claro!... Pasas el día sentado á la mesa de la oficina... Si gobernaras la casa... Señorita, la hue-

vera, el panadero, la planchadora, el aguador, el carbonero... ¿No es verdad, D. Fernando, que...?

—Sí, señora,—contestó el amigo de D. Simplicio, clavando los ojos en ella: el gobierno de una casa es más penoso que el de una provincia.

—Mamá, agua,—dijo el niño, tirando el aro y poniéndose á horcajadas en los muslos de su padre.

—Yo también tengo sed,—añadió D.^a Emilia.

—Cerca está el *restaurant*, contestó D. Fernando; si quieren ustedes...

—Gracias,—dijo la dama;—estoy tan cansada... Simplicio, ve por agua y azucarillos.

—Pero, mujer...

—¡Simplicio!...

—Es que...

—¡Simplicio!... ¡Cómo se conoce que no estamos en casa!

—Si no traigo ni un céntimo—replicó él, encendido el rostro.

—Por Dios, señores—añadió D. Fernando;—tan amigos, y todavía la franqueza...

El niño volvió á su juego, y su papá, obedeciendo la indicación de retorcido pellizco, fué por los azucarillos y el agua.

D.^a Emilia apoyó distraidamente una mano en el banco, entre su cuerpo y el de D. Fernando; y éste, por distracción también, dejó caer con suavidad una de las suyas sobre la de aquélla.

—¡Ah!...—exclamó la dama, estremeciéndose ligeramente.

—Dispense V., Emilia; pero...

Este pero, nombre de fruta poco gustosa, sin duda, para ella, la obligó á fruncir las cejas y retirar la mano.

—Soy tan distraído...—añadió él—Quise decirle... ¡qué cabeza! si es un melón, aun menos, un pepino...

Doña Emilia mostró sus dientecitos iguales y blanquitos, y dió de golpecitos en el suelo con las plantas de sus pies, ocultas hasta entonces, y en sus rodillas con el abanico.

A poco llegaron una aguadora y D. Simplicio.

—Aquí está el agua,—dijo éste.

—Ya no tengo sed, mamá,—dijo el niño acercándose.

—Ni yo,—añadió doña Emilia.

D. Fernando, en tanto que su amigo se mordía los labios, apretaba los puños é invocaba el santo nombre de Job, bebió, se refresco, pagó, y se limpió el bigote, cuyo rumbo había variado al contacto de aquellos pelotes con el líquido.

Ignoramos lo que hablaron la dama y D. Fernando en el Retiro y todos hasta que llegaron á casa de Don Simplicio; mas tenemos por cierto que éste, á ruego de su esposa, cuyo deseo de comer perdices muertas por él era frecuente, salió contentísimo de caza el siguiente día.

JERINGAZOS

—Deseo escribir en el periódico.

—Bien; sírvase apuntar allí con esa jeringa.

—Mas...

—Veremos cómo lo hace usted.

—Pero...

—Déjese de másas, peros y sinos, señor mío, y... ¡No, hombre, así no!... ¡Qué atrocidad!... ¡Va usted á mojar á aquellos dos académicos de la Española!...

—Si no sé...

—Se coge de esta manera... ¿Entiende usted?... y luego... Conque vamos á ver.

—¿Así?

—¡No, por Dios! Mancharía la levita del señor de las erres.

—Entonces...

—*Dispare* usted como quiera.—¡Ave María purísima!...

—¡Jesús!...

—Lo había supuesto. No sirve para el caso.

—¿Por qué?

—Porque se ha echado usted el agua encima.



Desde hace pocas semanas hay en Madrid una taberna más. En la muestra dice:

«The red lión tavern.»

Debajo y entre las dos puertas, hay pintado un animal, y está el siguiente letrero:

«El león rojo. Vinos.»

Util será aquel letrero cuando Madrid sea puerto de mar.



Ha pocos días el Diputado irlandés Healy, interrumpido varias veces en la Cámara de los Comunes por el conservador Delisle, exclamó de repente:

«Os voy á retorcér el pescuezo, si continuáis interrumpiéndome.»

Diantre! ¡Querer hacer con un diputado lo que se hace con un pollo!...

¡Agua! ¡agua! .. y, mejor, la intervención del doctor Pasteur.



¿Por qué algunas señoras, hermosas cuanto saludables, se arrodillan en las sillas en medio del templo y generalmente al cir misa?

¿Lo hacen para que las vean? No; habían de elegir un respetable lugar...

¿Lo hacen por mortificarse? Tampoco; porque aun cuando les incomodará tener los pies colgando (¡qué pequeñitos son algunos!), claro es que mortificarse en público...

¿Lo hacen para impedir que otros vean al sacerdote? Menos, y la razón es muy sencilla.

¿Por qué lo hacen? No lo sabemos; pero sabemos que nuestros antepasados, así la noble como la villana, el rico como el pobre, el soldado como el que no usó de arma alguna, se arrodillaban en el suelo, si no estaban enfermos.

DISCURSOS Y ESCRITOS CÉLEBRES

I

ESCRIBANÍA DE O....

Causa seguida en Jerez de la Frontera en 18... contra Miguel Benitez Ortega, y Francisco Coto Alvarez.

Juzgado del distrito de ...; Escribanía de R....

Reseña de la navaja:

«Doy fé: que la navaja remitida por el señor Alcalde Corregidores, el largo de su cuchilla de quince metros quince milímetros; su ancho, cuatro metros siete milímetros. Al final de la hoja, por su punta, forma una curva que mide siete metros y siete milímetros de largo, concluyendo en punta no muy aguzada.»

(Se continuarán.)

MADRID

TIPOGRAFIA DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado, núm. 8.



Si pudiera uno salir así vestido...

ANUNCIOS

LA JERINGA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN Y VENTA

Madrid.	Trimestre, 2'50 pesetas.
Provincias.	Semestre, 4'50 id.
Ultramar y naciones extranjeras.	Año, 15 id.
	No atrasado, 15 céntimos.
Número.	Para los corresponsales y vendedores, 10 id.
	Atrasado, 25 id.

Las suscripciones comienzan el 1.º de cada mes.

Los señores suscritores de fuera de Madrid, se servirán remitir á esta administración el importe de sus suscripciones en libranzas del Giro Mútuo, letras á la vista ó sellos de 15 céntimos.

Enviaremos las liquidaciones á fines de cada mes á los señores corresponsales, y no remitiremos el paquete á los que deban el importe de su cuenta el día 8 del siguiente mes.

No se servirán otras suscripciones que las que hayan sido anticipadamente pagadas.

La correspondencia al Administrador, Sr. D. Antonio Pérez.

Redacción y Administración, calle de San Marcos, 30, segundo. Horas de despacho, de diez á una.

Los señores suscritores pueden remitir á esta Administración composiciones en prosa ó verso, inéditas y debidas á ellos, de las cuales son responsables. No se devuelve ninguna.

Se les contestará en el periódico.

ANUNCIOS DE TODAS CLASES Á PRECIOS CONVENCIONALES